

obispos laicos se limitaron á prohibir á los adeptos refractarios de la Iglesia antigua la práctica de su culto y á expulsarlos en caso extremo del país. En Nuremberg fué secularizado solo en 1543 el convento de dominicos y los de los frailes descalzos existieron hasta que en el año 1562 murió el último fraile, si bien desde luego estos establecimientos monásticos fueron sometidos á las cargas públicas lo mismo que los demás habitantes. En Hesse, los frailes y monjas que abandonaron sus conventos fueron indemnizados en parte con dinero y en parte con renta vitalicia en productos naturales. Para el clero fué una transición muy brusca la de la posesion de extensos derechos y atribuciones al suministro de lo mas necesario para su existencia, que se les ofreció además con cierta compasion y menosprecio; pero de todos modos no era aquella una revolucion religiosa completa que pidiese como habian pedido los husitas la vida de los católicos, ó como ellos los llamaban, de los idólatras. Al leer las acusaciones terribles con que Lutero y otros reformadores llenaron sus escritos contra los servidores de la religion papista, hay razon para admirarse de que los príncipes y ciudades reformistas procedieran con tanta moderacion al transformar en sus Estados el gobierno eclesiástico. Muy diferente fué la conducta de las autoridades católicas, cuyo programa se reducía sencillamente al exterminio de la nueva herejía. Así lo propuso Jorge de Sajonia como la necesidad mas urgente á la reunion de los príncipes electores convocada en diciembre de 1526 en Esslingen. La terminacion de la guerra de los campesinos habia dado ya ocasion á muchos soberanos católicos grandes y pequeños para castigar cruelmente á predicadores luteranos; pero se empeoró la situacion desde el parlamento de Spira, cuando los católicos trataron de rivalizar á su manera con la organizacion de los reformistas, porque entonces hicieron jugar el hacha del verdugo y las hogueras. Jorge de Sajonia, á pesar de estar irritadísimo contra Lutero con motivo de su polémica personal, se habia contentado con la expulsion de los herejes. El decreto publicado por el rey Fernando en agosto de 1527 durante su campaña en Hungría, impuso la pena de expulsion á los que se permitieran criticar la intercesion por las almas de los difuntos, y la de ser quemado, ahorcado ó decapitado al que cometiera otras faltas mas graves. La ejecucion de tan sangriento edicto encontró ciertas dificultades, porque se extendieron entre los nobles las simpatías por la nueva doctrina. Ya en 1524 fué decapitado un ciudadano de Viena, Gaspar Tauber, por sus creencias reformistas; pero despues de este ejemplo solo se habla de ejecuciones de anabaptistas, no de luteranos. En Baviera se procedió con mas energía; en 1527 fueron quemados en Munich Carpentarius y Leonardo de Kaser, clérigo de mucha fama que habia llegado de Wittenberg para ver á su padre moribundo. Las ejecuciones se multiplicaron de una manera espantosa: en Landsberg fueron quemadas vivas nueve personas; en Munich fueron ahogadas en el rio veintinueve, y el célebre historiador y ayo de príncipes bávaros, Aventino, pasó mucho tiempo en un calabozo como sospechoso de herejía. En Meersburgo fué quemado vivo Juan Heuglin en 1527; la inquisición y el consejo municipal de Colonia tuvieron encarcelado contra todo derecho durante años á Adolfo Clarenbach, hasta que en setiembre de 1529 fué entregado á la hoguera en compañía del estudiante Pedro Flysteden, porque durante la misa en la catedral habia escupido en el acto de ser elevada la hostia. La constancia con que estas víctimas del fanatismo sufrieron la muerte recordaba la de los mártires del cristianismo y la ferocidad de sus perseguidores paganos. La tradicion de los correligionarios de las víctimas conservó sus últimos discursos y hasta embelleció la muerte de algunos con milagros.

No tardó el espíritu de persecucion en penetrar hasta en las regiones mas elevadas. El elector Joaquin de Brandeburgo fijó á su esposa, luterana, en el año 1527, un plazo para que se convirtiera, y trató seriamente de si en caso de resistencia la mataria ó la encerraria durante su vida, hasta que la infortunada mujer huyó en marzo de 1528 y se refugió junto á su tío el elector de Sajonia.

En aquella época de pruebas, en que Lutero tuvo que luchar con escrúpulos interiores, compuso su cántico mas grande, el cántico de los cánticos de la Reforma, composicion llena de fe en la omnipotencia de la palabra de Dios y en la inutilidad de las armas terrenales. Con todo, parece que al través de los versos se oyen trompetas de guerra y fragor de armas, como si batallasen los hugonotes, los revolucionarios flamencos, los suecos de Gustavo Adolfo y los guerreros de Cromwell. Cuando compuso Lutero este himno de batalla del protestantismo, creyó sentir la proximidad del dia del juicio. En el año 1527 escribió el prólogo á una nueva edicion de las profecías de Lichtenberg, no sin expresar su desprecio de la ciencia astrológica; y dos años despues en su interpretacion del Libro de Daniel comparó el aumento del poder de Carlos V con el resplandor del Evangelio, diciendo que aquel era como la última llamarada de una luz que se apaga. El 1.º de noviembre de 1527 en una carta que escribió á su amigo Amsdorf, se consoló diciendo que á pesar del furor de Satanás el diablo no puede hacer mas que tragarse los cuerpos, mientras la palabra de Dios salva las almas. Fechó su carta «en el décimo aniversario del aniquilamiento de la venta de indulgencias, en memoria del cual hemos echado ahora mismo un trago.» Todo lo que habia alcanzado en dura lucha personal con los príncipes de este mundo suena con acento noble y victorioso al través de estas palabras de su cántico: «Aunque el mundo estuviera lleno de diablos.» El heroísmo del mártir se oye al través del verso final: «Aunque nos tomen el cuerpo, los bienes, honores, hijos y mujer, dejad que los tomen, nada ganarán con ello, porque el imperio (de Dios) nos quedará á pesar de todo.»

Lutero, no obstante, no quiso dejar pasar todas las «inmundicias» á sus contrarios sin castigarlos, como lo prueba la lucha que emprendió contra el elector de Brandeburgo con motivo de una injusticia ignominiosa de este magnate. El elector Joaquin habia tomado por querida á la esposa de un tal Wolf Hornung y habia hecho arrojar brutalmente del país al ultrajado marido. Aquel príncipe, adalid de la Iglesia católica, era amigo de bromas indignas y se enfureció naturalmente cuando Lutero, como abogado de sus víctimas, le dirigió á su manera una filípica.

El elector Joaquin se habia reunido en mayo de 1527 en Breslau, no sin llevar en su compañía á su querida en traje de hombre, con el rey Fernando y el duque Jorge, otros dos jefes del partido católico. En esta reunion se trató de los feudos bohemios del Brandeburgo y de Sajonia, pero en seguida los reformistas y en primer lugar la Sajonia electoral y el Hesse recibieron aviso de algunos príncipes para que se apercebiesen contra las intenciones hostiles de los reunidos en Breslau, que al decir de estos avisos se habian puesto de acuerdo. En esta sospecha fundó Pack, canceller del duque Jorge, la suposicion de una gran alianza católica ofensiva, cuya existencia hizo creer al landgrave Felipe, para lo cual le presentó un documento falsificado como copia del pacto de alianza. Los ultramontanos sostuvieron posteriormente que la falsificacion fué debida al landgrave Felipe; pero esta acusacion, como ha probado H. Schwarz, es completamente gratuita. Solo el landgrave y el cauteloso elector Juan fueron crédulos y formaron en Weimar en 9 de marzo de 1528 una

nueva alianza con el objeto de atacar primero á sus contrarios. Si hubiesen reflexionado friamente, habrian conocido que una alianza entre el rey Fernando, los duques de Baviera, el elector Joaquin, el duque Jorge, los arzobispos de Maguncia y de Salzburgo y los obispos de Wurzburg y de Bamberg era cosa imposible; pero las manifestaciones de la reaccion católica, tan furiosa justamente en aquel tiempo, hicieron creer á los dos príncipes lo que decia aquel documento falsificado, en el cual se suponía acordado arrojar primero á Zapolya de Hungría, luego al elector Juan y al landgrave de sus territorios y reducir finalmente á la obediencia la ciudad de Magdeburgo; porque esta valerosa ciudad habia sido declarada fuera de la ley en el otoño de 1527, habiendo sido encargados de la ejecucion del decreto el elector Joaquin y el duque Jorge. Es indudable que el landgrave Felipe aprovecharía ávidamente la ocasion de esgrimir sus armas, pues no era hombre de contentarse con una resistencia pasiva, y además de su celo religioso sentía la mayor aversion contra los proyectos monárquicos de los Habsburgos. Desde 1526 le ocupó la idea de reinstalar en su país á Ulrico de Wurtemberg, que entretanto habia encontrado un asilo seguro en su corte; pero por lo pronto quiso adelantarse á sus enemigos y envió embajadores para la formacion de una gran alianza á los magnates luteranos del imperio, á Zapolya y á los reyes de Francia, Dinamarca y Polonia. En una palabra, el joven landgrave entró sin titubear en la gran complicacion europea cuando justamente, en la primavera de 1528, tomaba el aspecto mas amenazador para el emperador. Además de sus súbditos armados reunió un ejército de enganche de unos 4,000 jinetes y 4,000 infantes, si bien todo este ejército jamás pasó la frontera de Hesse ni invadió, como antes se habia supuesto, el territorio de Wurtemberg.

Por primera vez la voluntad de un soberano alemán que quiso hacer una gran política se encontró con la resistencia de un elemento cuya intervencion en la cuestion de guerra ó de paz fué provocada por la nueva confusion de intereses religiosos y políticos, y que demostró claramente cuán distante estaba todavía el mundo de una separacion verdadera entre lo eclesiástico y lo mundano. El elector Juan, contagiado durante un momento del ardor de su joven aliado, volvió prontamente en sí, decidido á seguir el consejo de sus teólogos en asuntos de conciencia como para él lo era el caso que se presentaba. Nada menos que ocho dictámenes de Lutero y de Melanchton existen sobre este asunto y los del primero, si bien dicen pestes contra los príncipes y el clero católicos, proponen negociar una vez mas con ellos antes de emplear la fuerza. Gradualmente los consejos teológicos, al parecer por la influencia de Melanchton, fueron siendo cada vez mas pacíficos y llenos de consideraciones, mientras el landgrave se fatigaba en vano en refutar los argumentos de los teólogos, consejos que el príncipe elector Juan siguió sin vacilar. Al landgrave no quedó casi otro remedio sino obtener por convenio de los príncipes eclesiásticos vecinos, que tenían que temer su ataque, por lo menos los gastos de guerra. Los de Maguncia y Wurzburg prometieron pagar cada uno 40,000 florines; el obispo de Bamberg ofreció 20,000 y el elector de Maguncia renunció además á su jurisdiccion eclesiástica en Sajonia y Hesse. Así acabó esta campaña sin hacerse uso de las armas y sin ofrecer otro interés mas que el de ser un ejemplo y un preludio bajo muchos puntos de vista de lo que esperaba al protestantismo alemán; pues tanto la enemistad funesta entre el landgrave y los duques de Sajonia como la union ó compromiso con los adversarios extranjeros de la casa de Habsburgo, la idea de acabar ante todo con los Estados eclesiásticos y la reintegracion de Ulrico de Wurtemberg, todo esto se repitió en la historia de la

liga de Smalcalda, de la cual tambien fué el landgrave Felipe el verdadero y principal fundador.

Por lo pronto tuvo que arrepentirse el landgrave de su precipitacion cuando los príncipes falsamente acusados pidieron indignados pruebas y luego, á falta de estas, el nombre y castigo del impostor. Felipe se negó á entregar al miserable al duque Jorge, ni tampoco quiso someterle al tormento; pero esto no hizo mas que agravar la mala impresion producida por este asunto, tanto mas cuanto que en aquella época no se tenían consideraciones á personas como Pack, que despedido de la corte de Hesse fué reducido á prision muchos años despues, en 1537, y decapitado por instigacion del duque Jorge. La empresa del landgrave demostró además que el terror de la revolucion estaba todavía vivo en la imaginacion de los señores, que creían siempre dispuesta á la gente pobre á tomar parte en cada nuevo movimiento, y el mismo landgrave contaba con las simpatías de la nobleza baja y del pueblo.

Para el 21 de febrero de 1529 fué convocado un parlamento en Spira. La embajada que en el parlamento anterior de 1526 se habia acordado enviar al emperador, no se habia realizado, porque Carlos V habia declarado que no deseaba oír los deseos ó saber resoluciones del imperio por medio de embajadas, y que en adelante solo admitiria las comunicaciones escritas.

En el nuevo parlamento de Spira dió el emperador algunas nuevas muestras de su absolutismo; solo que como iban esta vez dirigidas contra los luteranos los magnates católicos, que se habian presentado en gran número, no hicieron hincapié en ellas. Los luteranos debían sucumbir, al parecer, ante la voluntad firme del jefe y de la mayoría del imperio. En efecto, se vieron desde luego vendidos, y hasta los demás soberanos no observaron ya las tradicionales formas de cortesía con los de la Sajonia electoral y de Hesse. La neutralidad benévola de los condes palatinos, con la cual se habia contado, habia desaparecido; y el hermano del príncipe elector, el conde palatino Federico, se habia dejado engañar otra vez con el aliciente de casarse con la reina viuda de Hungría y de hacerse, como antes, el fiel servidor de los Habsburgos á pesar de toda su ingratitud. Además del emperador, Fernando y del mencionado conde palatino, se presentaron como comisarios imperiales Guillermo de Baviera, Erico de Brunswick, el obispo Bernardo de Trento y Baltasar Merkel, enviado y vice-canciller del emperador, coadjutor de Constanza y conocido generalmente por el Preboste de Waldkirch. Tambien figuraron entre las personas influyentes y perseguidoras de los herejes el vicario general de Constanza, el doctor Juan Faber, predicador de palacio de Fernando y antes amigo de Erasmo, de Melanchton y de Zwinglio, pero despues enemigo de los luteranos, el cual declaró que eran peores que los turcos y que la doctrina de la Iglesia católica merecia mas confianza que la Biblia. El emperador prohibió hasta el concilio inmediato todo ataque contra las autoridades eclesiásticas y civiles y toda seduccion para apartar á la gente de la religion verdadera, bajo pena de ser declarados los contraventores fuera de la ley. Revocó el famoso artículo del anterior parlamento de Spira bajo el pretexto de haber sido interpretado arbitrariamente y haber dado lugar así á gran confusion, ordenando á los miembros del imperio que pusieran en lugar de aquel artículo derogado las nuevas disposiciones en el resúmen de clausura del parlamento. Este era el lenguaje de un soberano absoluto, y los miembros del imperio alemán, que habian impuesto al elegir aquel jefe del Estado su participacion en el gobierno supremo, se vieron reducidos á un mero instrumento, si obedecian sin protesta, y á registrar simplemente los actos de la voluntad imperial

Se nombró, en efecto, una comisión para consultar el caso, pero entre los diez y ocho miembros de la comisión hubo cinco católicos ardientes, cinco que esperaban inclinarse del lado que les ofrecía más ventajas, y solo tres reformistas puros, el elector Juan y los dos representantes de las ciudades. Estos pocos votos no podían imponerse a los demás, tanto menos cuanto que el príncipe elector no tenía ninguna cualidad personal que le diera autoridad, mientras el partido contrario disponía de campeones ardientes, belicosos y hábiles, como el cardenal de Salzburgo, Leonardo de Eck y Juan Faber. No fué admitida la orden imperial pura y simple, pero el dictamen de la mayoría de la comisión que recomendaba esperar hasta el concilio, con la abolición de todas las innovaciones, era inadmisibles para los luteranos si no querían renunciar a su apenas conquistada independencia religiosa; porque además de la prohibición absoluta de toda propaganda de las doctrinas anabaptistas y de Zwinglio, debía ser tolerada la práctica de la misa católica en los territorios reformistas y se castigaba con poner fuera de la ley al magnate que usurpara la autoridad, los bienes e intereses de otro. Así es que podía volverse a imponer la jurisdicción episcopal a territorios que la habían ya abolido, y mientras los reformistas tenían que tolerar el culto católico, los gobiernos católicos no podían permitir los sermones reformistas; los miembros del imperio que habían observado el edicto de Worms, habían de continuar observándolo, y al mismo tiempo quedaba prohibida toda innovación a los reformistas, los cuales quedaban en último resultado con las manos atadas, mientras la reacción católica tenía amplia libertad.

El príncipe elector de Sajonia, tan profundamente religioso como intelectualmente débil, sucumbió ante la hábil tentativa de los contrarios, que procuraron aprovechar el cisma dogmático entre los reformistas, del cual pronto trataremos, para activar la separación entre los elementos rígidamente luteranos y los zwinglianos, que prevalecían en las ciudades de la Alemania del Sur. Melanchton, que acompañaba al príncipe elector y que encontró conveniente dedicar al rey Fernando su comentario del Libro de Daniel, dijo que lo mejor habría sido separarse desde luego de los zwinglianos de Estrasburgo; pero el landgrave Felipe, que estaba ya entonces dominado por su idea de poner de acuerdo a Lutero con Zwinglio, hizo lo que pudo para evitar un cisma entre los reformistas. Su entrada en Spira con su séquito de doscientos hombres de armas y su conducta allí, demostraron la confianza que tenía en la solidez de su situación. Como antes, no observaron ni él ni el elector los ayunos, mientras sus teólogos atrajeron a sus sermones una gran parte del público; pero lo más importante fué que el landgrave Felipe no perdió de vista su antiguo proyecto de una alianza con las ciudades reformistas y a pesar de la desconfianza de estas ciudades contra los príncipes y entre sí, pudo reunir a sus representantes en Francfort en abril de 1527 y presentar a los de Nuremberg, Augsburgo, Estrasburgo y de Ulma un proyecto de convenio que un historiador moderno califica de el primer documento de la liga de Smalcalda.

Nada se concertó entonces, pero en 1528 había ya tropa y artillería de Nuremberg en el campamento del landgrave, y en el verano del mismo año, en una reunión celebrada en Esslingen, las ciudades que formaban parte de la liga de Suabia deliberaron sobre la necesidad de unirse estrechamente, porque su diputado en el parlamento, el alcalde de Meiningen, había sido excluido de la asamblea de Ulma por la actitud reformista de su ciudad. En el parlamento de Spira fueron defensores impertérritos e inquebrantables del acta de clausura de 1526, Jacobo Sturm, de Estrasburgo, y Tetzl, de Nuremberg. En marzo el consejo municipal de

Nuremberg encargó a sus consejeros jurídicos y a sus teólogos que redactaran una protesta de los miembros reformistas del parlamento contra toda resolución de la mayoría contraria a sus principios religiosos, y los juristas dijeron que el Evangelio y el Papa eran partes tan contrarias que entre ellas no había mediación posible. Era de prever que el partido católico, encontrándose en gran mayoría, no iría más allá de su concesión tocante a la proposición imperial. En 12 de abril consiguieron además los católicos destruir la unión que las ciudades hasta entonces habían mantenido a pesar de sus diferencias religiosas. El mismo día los soberanos reformistas presentaron una declaración solemne y explícita rechazando el proyecto de la comisión; y cuando sin hacer caso de esta declaración los comisarios imperiales aceptaron en 19 de abril el acta de clausura de la mayoría, formularon su protesta los príncipes reformistas en presencia de los miembros del parlamento que todavía habían quedado reunidos. Pocos fueron los príncipes que protestaron, además del elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, a saber: el margrave Jorge, el príncipe Wolfgang de Anhalt y un apoderado de los duques Ernesto y Francisco de Brunswick-Luneburgo. Después de ellos protestaron las ciudades dispuestas a seguir en su camino peligroso a los príncipes citados, a saber: Estrasburgo, Nuremberg, Constanza, Ulma, Lindau, Meiningen, Kempten, Nordlingen, Heilbronn, Reutlingen, Isny, Sant-Gall, Weissenburgo y Windsheim. La protesta primitiva había sido motivada extensamente en 20 de abril. Los reformistas se fundaban en que un acta de clausura del parlamento votada unánimemente, solo podía ser modificada también unánimemente; que aquellos asuntos eran de los que tocaban al honor de Dios y a la salvación de cada individuo, y que los que protestaban se veían obligados por orden de Dios y de su conciencia a mirar a Dios como su rey y Señor supremo. Además la protesta rechazaba la pretensión católica de una tolerancia parcial y no mutua y también el procedimiento del parlamento en favor de una doctrina incorrecta de la comunión. Por último, los firmantes se atenían al artículo de 1526 que dejaba las cosas como estaban hasta la convocación de un concilio general o nacional.

En vano Enrique de Brunswick y Felipe de Baden trataron después de interponer su mediación para realizar un convenio sobre la base de la tolerancia mutua: mientras los miembros reformistas del parlamento o del imperio estaban dispuestos a aceptar un arreglo, los católicos no pensaron ya en hacer nuevas concesiones. Así como Lutero se había separado en Worms de la Iglesia universal para no forzar su conciencia, del mismo modo los miembros reformistas soberanos, amenazados en su existencia, apelaron a la sazón al antiguo medio de defensa, a saber: al principio de que se debía obedecer antes a Dios que a los hombres. Los teólogos de Nuremberg dijeron: «Si tememos la declaración imperial que nos pone fuera de la ley, mas debemos temer el ser declarados fuera de la ley por Dios; por eso queremos obedecer a su santa palabra alegremente aunque caigan sobre nosotros todas las desgracias que pudieran imaginar los enemigos de la palabra de Dios.» El alcalde de Meiningen escribió que siendo Dios más fuerte que el mundo, quería la ciudad elegirle por capitán y jefe supremo.

Deplorable es la impresión que nos causan hoy las lamentaciones de Melanchton, espantado de la protesta. Lutero no sentía, como puede pensarse, el espanto, pero sí una desconfianza profunda contra el landgrave y las ciudades zwinglianas, por lo cual fué adversario decidido de toda liga reformista, diciendo que no había que temer nada de los papistas. A pesar de esto se formó en 22 de abril en Spira una alianza secreta entre el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y las

ciudades de Estrasburgo, Ulma y Nuremberg para defenderse mutuamente contra todo ataque que por motivos religiosos pudieran experimentar, ya procedente de la liga de Suabia, ya del tribunal supremo, ya del gobierno imperial. Las ideas del landgrave iban, sin embargo, más lejos, pues quería triunfar de todas las divergencias teológicas y elevar el Evangelio a gran potencia.

Entretanto la tan temida invasión turca amenazaba destruir la nueva monarquía fundada por la política de los Habsburgos. Mientras el sultán avanzaba por Hungría, los duques de Baviera intrigaron cerca de los demás príncipes electores para que fuese elegido rey de Romanos el duque Guillermo; y con el mismo objeto continuaron sus relaciones con el pretendiente húngaro Zapolya, lisonjeándose el duque Luis con la idea de casarse con una princesa polaca. Un síntoma de la fermentación que reinaba entonces todavía en Alemania era que entre los anabaptistas del Sur corrían las antiguas creencias de que el turco sería el Mesías de los pobres y oprimidos y el encargado de castigar a las autoridades corrompidas. En fin, parecía que las armas de Soliman iban a decidir la suerte del mundo.

Zapolya contaba con el favor del sultán, cerca del cual tenía un buen representante, que era el polaco Jerónimo Laski; pero el sultán no quería considerarle como aliado, sino como vasallo tributario, basándose en que la Hungría pertenecía a la Turquía por derecho de conquista. Las tentativas de Fernando para que el sultán reconociera sus derechos fueron tan infructuosas como el envío de un embajador del emperador al rey de Persia para proponerle un ataque común contra el imperio turco. Por otra parte Francisco I no había renunciado a sus relaciones con el sultán y había firmado en 1528 un tratado con Zapolya, por el cual este último prometió al hijo del rey Francisco I, el príncipe Enrique de Orleans, la sucesión eventual en el trono de Hungría. Los venecianos hacían el papel de agentes al servicio de la Turquía, teniendo al gobierno del sultán al corriente de las peripécias de la guerra de Italia, y el renegado Gritti, natural de Venecia, era el confidente más influyente del gran visir. El sultán, entretanto, y todos los turcos hablaban con sumo desprecio de sus amigos y de sus enemigos cristianos, y no puede sorprender que Soliman, que se llamaba a sí mismo la sombra de Dios en ambos mundos, pretendiera el dominio de toda la tierra como derecho natural. En el fondo la idea del imperio universal teocrático era la que animaba a los emperadores de la Edad media y a su postrer representante Carlos V, y venía a ser simplemente una repetición de la misma antiquísima idea de los soberanos orientales.

En la primavera de 1529 se puso en marcha el sultán para tomar posesión de su «imperio»; atravesó la Hungría, casi indefensa, y penetró en el corazón de la monarquía austriaca. Sobre el campo de batalla de Mohacs le prestó sus homenajes de vasallo Zapolya; la ciudad de Buda, débilmente defendida, se rindió al gran visir, Ibrahim; en 21 de setiembre se presentó delante de Viena la avanzada incendiaria y asoladora del ejército mahometano, y pocos días después estuvo cercada toda la ciudad por los cientos de miles de guerreros turcos. La ciudad, según el informe de los jefes austriacos, era una población dilatada y malísimamente fortificada; tenía pocas provisiones, y no contaba más que con 20,000 hombres de guarnición aproximadamente. El conde palatino Felipe, hermano del elector del Palatinado, el conde Nicolás de Salm y otros jefes aguerridos dirigieron la defensa de la ciudad, defensa admirada siempre con razón como modelo de heroísmo; porque los defensores no solamente tenían contra sí la superioridad abrumadora del número, sino que figu-

raban entre las tropas sitiadoras las mejores del poder turco, a saber, los spahis y los genízaros, infantería turca invicta, cuya férrea disciplina fué siempre la admiración de las naciones de Occidente de aquella época, que solo conocían como tropa regular a los soldados mercenarios, siempre borrachos y díscolos. Los genízaros eran una tropa compuesta de individuos sacados de entre jóvenes cristianos, educados en rigurosa y casi monacal disciplina, naturalmente en la religión mahometana. El arma principal de esta tropa era el arcabuz y el principal distintivo de su traje consistía en un elevado gorro blanco de fieltro, adornado de plumas de garzas reales. Una multitud de asaltos rechazados enseñó a esta tropa que en los cristianos no faltaba tampoco la fuerza y que los sitiados disponían además de una artillería superior y sabían hacer frente a las minas que establecieron los sitiadores. A esto se agregó el clima otoñal del Norte, y un historiador turco califica la Alemania de «residencia del rey del invierno y



Taler del rey Fernando (1529)

patria de las heladas y del frío.» Esto rebajó los bríos de los guerreros mahometanos, y el sultán Soliman, después de recompensar prodigamente a sus generales y a los genízaros, levantó en 15 de octubre el sitio y emprendió la retirada con los horrores de costumbre; mas ni estos ni las huecas fanfarronadas de los turcos pudieron engañar al mundo sobre la primera derrota que había sufrido el sultán hasta entonces invicto.

Además de la gloriosa defensa de la capital de Austria, hubo de desengañar al sultán la disposición de las potencias cristianas, cada vez más inclinadas a conservar la paz entre sí, a fin de prepararse mejor a resistir al invasor turco. El imperio alemán apenas tuvo parte en la defensa de Viena, porque su general, el conde palatino Federico, llegó demasiado tarde y no pudo entrar en la ciudad sitiada. El espíritu de Alemania se había modificado ante el peligro tan próximo, y el mismo Lutero, que con razón había participado hasta entonces de la desconfianza muy generalizada contra el proyecto propuesto por la Iglesia católica de una cruzada contra los turcos, apoyó en un escrito que publicó en 1529 la obligación incondicional de todo cristiano de obedecer al llamamiento del emperador para tomar las armas contra el invasor turco, diciendo que la bandera del emperador no era simplemente un pedazo de seda sino que representaba la orden de Dios de proteger a los piadosos y castigar a los malvados. Corrían también por la Alemania una multitud de canciones, ya quejumbrosas, ya exhortadoras, ya belicosas y triunfantes, en las cuales la nación expresó su participación en las desgracias como en la súbita salvación del extremo Sudeste del imperio; y muchos recordaron ciertas profecías que hablaban de un emperador llamado Carlos que había de vencer a los infieles y pasar por el mar a Jerusalén. Los magnates que habían protestado contra el acta de clausura del parlamento de Spira estuvieron prontos a auxiliar al im-

perio con sus contingentes armados, y Juan Federico de Sajonia estaba designado para tomar el mando del contingente que su padre había puesto sobre las armas.

Lutero había dedicado el citado escrito de 1529 al landgrave de Hesse, al cual no se cansó de hablar de los príncipes discolos y revoltosos á manera de los campesinos revolucionarios; y con razon vieron el reformador y sus amigos de Wittenberg algo de revolucionario, que tambien iba dirigido contra ellos y su reforma religiosa, en los proyectos del jóven landgrave, el cual se proponia nada menos que una transformacion del imperio y de Europa en sentido moderno y sobre todo religioso. Así, este príncipe, el mas capaz entre los príncipes protestantes, sintió la retirada de los turcos y deseó que repitiesen su invasion. Pueden calificarse estas esperanzas de anti-patrióticas, pero no hay que olvidar que el gobierno de Carlos V y el sistema de opresion practicado por los magnates católicos era tambien anti-nacional y contrario al espíritu moderno que palpitaba en las masas.

Todavía pudo alargar su vida durante algunos siglos el gran anacronismo del sacro imperio romano-germánico, para probar al mundo su completa incapacidad de regenerarse ó solamente de acortar su agonía. Mirado así, no son ningun crimen proyectos revolucionarios, y el del landgrave Felipe, que consistia en fundir en una sola reforma religiosa la suiza y la alemana, seguramente habria robustecido el poder nacional aleman; pero el destino no permitió que se realizara el pensamiento político mas grande engendrado en la época de la reforma religiosa.

CAPITULO III

ULRICO ZWINGLIO Y EL LANDGRAVE FELIPE DE HESSE

En la historia de los grandes sucesos debe ocupar un lugar al lado de los hechos realizados la relacion de las intenciones. El cuadro que formamos de una época de fermentacion seria incompleto si limitásemos nuestra descripcion á lo que se ha realizado y sostenido en medio de tanta lucha. Uno de los episodios mas interesantes de la época de la reforma religiosa es, sin duda, el de la alianza del reformador republicano Zwinglio con el landgrave Felipe de Hesse, único soberano protestante del imperio cuya mirada supo penetrar mas allá de la angustiosa bruma de las preocupaciones antiguas y modernas.

Fuera de la reforma religiosa alemana, algunos cantones suizos se habian emancipado del dominio de la Iglesia de Roma. La figura de su gran adalid ha perdido durante largo tiempo mucho de su valor propio y de su natural independiente por haber sido siempre puesto en parangon con Lutero y Calvino. Es preciso, no obstante, atender á la diferente marcha del desarrollo mental y moral de Lutero y de Zwinglio, y aunque el resultado inmediato de la obra de Zwinglio fué con mucho excedido por el resultado que coronó la de Lutero, nos vemos ahora precisados á rectificar aquel juicio deficiente.

Ulrico Zwinglio nació en la aldea alpina de Waldhaus del territorio de Toggenburg en 1.º de enero de 1484. Fué hijo de aldeanos, pero en otro sentido que Lutero, cuyo padre, campesino poco menos que siervo, se habia transformado en vecino de una pequeña ciudad. La familia de Zwinglio, en cambio, aunque vivia en condiciones de campesina, gozaba de cierta consideracion: el padre era jefe de la comunidad; un tío era decano y dos otros parientes eran abades de conventos inmediatos. Zwinglio, destinado á la carrera eclesiástica, pudo hacer sus estudios sin tener que luchar con privaciones, y las letras clásicas, que estudió en la universidad de

Viena cuando estaba en su mayor auge, bajo la direccion de Celtis, revelaron al jóven suizo toda la belleza de la antigua literatura. Acabados sus estudios, ocupó Zwinglio la plaza de maestro de latin en Basilea, donde se recreó su espíritu en las obras de Homero, Píndaro y Platon, en lugar de amortiguar su inteligencia en las argucias de la teología escolástica y en lugar de sufrir los horribles tormentos de escrúpulos religiosos, que llevaron al convento al pobre estudiante de Wittenberg. En años muy posteriores expresó Zwinglio la esperanza de que los mas nobles entre los paganos participarían seguramente de la bienaventuranza eterna como los cristianos. Estas tendencias humanistas conquistaron á Zwinglio un puesto entre los mejores de sus compatriotas y uno de sus admiradores contemporáneos le saluda en una poesia como maestro de la lira de Apolo y como el Ciceron de los tiempos modernos. Desde 1506 fué cura-párroco de Glaris, y desde entonces empezó á manifestar gradualmente sus ideas teológicas, despues de haberse dedicado al estudio de la Biblia y de los Padres de la Iglesia; pero mas que nada le impresionó la teología de Erasmo, sobre la cual, segun él mismo aseguró despues, fundó su doctrina de la Eucaristía. Prefirió tambien á Orígenes y San Jerónimo á San Agustin, que era el Padre de la Iglesia preferido por Lutero. La admiracion que profesó Zwinglio á Erasmo le indujo á entrar con él en correspondencia. Tambien se ha hablado de la influencia del místico platonizante Pico de la Mirandola. Zwinglio era poco dado á la mística, aunque se interesó algo para los números místicos; pero en todo esto no hay nada comparable con el misticismo de Lutero. A primera vista pudo parecer Zwinglio un genio semejante al de Erasmo sin el rasgo escéptico y la indiferencia cosmopolita de éste, pues desde el principio habia sido suizo ante todo, y en Glaris conoció como patriota la falsa posicion de su pueblo. Habia acompañado á los soldados suizos al servicio de potentados extranjeros á Italia en calidad de capellan, en cuyas expediciones tuvo ocasion de conocer por un lado el vigor y los méritos militares de sus compatriotas, pero tambien la influencia desmoralizadora del oro y de la diplomacia extranjeros y del comercio que se hacia con la sangre suiza. Estos sentimientos le hicieron malquisto del partido francés y en 1516 aceptó el puesto de sacerdote en el célebre santuario de Einsiedeln.

Segun dijo despues, habia empezado en aquel año, 1516, á predicar el Evangelio antes que nadie conociera en su país el nombre de Lutero; y al año siguiente copió de su puño el texto griego de las cartas de San Pablo, cuya copia, así como otros libros de la biblioteca de Zwinglio, por sus notas puestas por él al márgen, permiten echar una mirada á la esfera intelectual de aquel reformador, que sin precipitarse, pero asiduamente, fué haciéndose independiente de los intérpretes de la Sagrada Escritura, sin que entonces todavía nada se conociera en su actitud pública. Todavía en el año 1518 solicitó la dignidad de capellan de corte del Papa con una pension que cobró hasta el año 1520, á lo cual hay que añadir que tambien dió motivo de critica entre los de su clase su conducta moral. Mientras Lutero llenaba el mundo con la fama de su osadía y mientras el parlamento de Worms tomaba su célebre decision, Zwinglio con su calma propia é invitando siempre á su superior el obispo de Constanza á que le ayudase, trabajaba en una lenta, pero fundamental transformacion del Estado y de la Iglesia. En esto consiste precisamente la trascendental diferencia entre la reforma de Lutero y la de Zwinglio, pues que éste último se propuso desde luego una obra práctica y perfectamente limitada, cuya realizacion empezó desde enero de 1519 siendo nombrado párroco de la catedral de Zurich. Empezó á atacar la

corrupcion moral y política que encontró en aquella ciudad, en lo cual le favoreció el gobierno de Zurich por su actitud hostil á los franceses y sus esfuerzos tradicionales de hacerse con el dominio soberano en materia eclesiástica. Sus esfuerzos, la actitud del consejo municipal, así como la del parlamento suizo y del obispo de Constanza, todo se juntó para acabar rápidamente con el abuso de la venta de indulgencias

que habia tratado de introducir en 1519 en Zurich el italiano Samson. Ya hemos dicho tambien anteriormente que Zurich mantuvo su posicion particular enfrente de la alianza con Francia de 1521, lo cual contribuyó tambien á robustecer la importancia de Zwinglio. El cardenal Schinner consiguió, á despecho de los consejos contrarios de Zwinglio, un enganche de tropas para el Papa; pero al año siguiente Zwin-



Ulrico Zwinglio

Facsimile de un grabado anónimo de la época

glio, que en sus sermones habia sido hasta entonces solo patriota, se transformó en reformador eclesiástico, atacando el precepto del ayuno, el culto de las imágenes y la vida monástica. La ciudad de Zurich, al revés de lo que hicieron el gobierno de Sajonia y el mismo Lutero, que se opusieron á las primeras tentativas tumultuarias de cambiar la organizacion eclesiástica, abrió la puerta á los discursos y á las discusiones religiosas, como acostumbrada ya á intervenir en los asuntos eclesiásticos, para decidir entre las tendencias religiosas antiguas y las modernas. La primera discusion de esta clase se verificó en 29 de enero de 1523 bajo la presidencia del alcalde de la ciudad, habiéndose hecho representar tambien en la reunion el obispo de Constanza por su

vicario general Faber, que protestó contra toda decision que tomara aquella reunion no autorizada por el jefe de la Iglesia. Esta protesta no produjo ningun efecto: Zwinglio estaba sentado en el centro de la asamblea junto á una mesa sobre la cual tenia abiertos los textos latino, griego y hebreo de la Biblia; presentó en sus tesis á grandes rasgos todo un programa de reforma religiosa y dijo, dirigiéndose á sus contrarios: «Acercaos, en nombre de Dios, aquí estoy yo.» La segunda discusion tuvo efecto en octubre de 1523, y si en la primera se habian dado sin ninguna dificultad los primeros pasos en la via de la reforma, siempre bajo la direccion de la autoridad civil, despues de la segunda discusion se llevaron á cabo las reformas decididas, lenta pero inexorablemen-